

Fundamental procedentes de las Facultades españolas. Hay que destacar el alto nivel y la accesibilidad, en general, de estas aportaciones. Por último, ha enriquecido la bibliografía de varios artículos con obras recientes de autores españoles. Todo ello hace de esta edición española del *Dizionario* una obra de gran interés y alta calidad, superior en muchos aspectos a la edición original.

Hay que felicitar a Ediciones Paulina por el acierto que ha tenido al editar este diccionario y por la forma como lo ha hecho.

C. Izquierdo

Carlos DÍAZ, *En el jardín del Edén*, («Aletheia», 18), San Esteban, Salamanca 1991, 115 pp., 13, 5 x 21, 5.

Con esta obra, Carlos Díaz ha alcanzado ya el libro número cincuenta de su producción. Han sido muchos los temas de los que se ha ocupado: desde los primeros escritos relacionados con el mundo obrero, pasando por el análisis del anarquismo, hasta los libros de texto de filosofía. En todos ellos el autor ha ido dejando clara su concepción personalista de la realidad.

En el trabajo que nos ocupa, que forma una trilogía junto con sus anteriores *Contra Prometeo* (1980) y *Yo quiero* (1991), C. Díaz aborda una crítica a la Ilustración, de la que aún vivimos, cuyo comienzo él ve en el jardín del Edén, cuando Adán y Eva se apartan de Dios y se centran en sí mismos al pretender hacerse con la ciencia del bien y del mal. A partir de ese momento, detecta cuatro generaciones de ilustrados: la primera está representada por Jenófanes, la segunda por Kant, la tercera por Marx y la cuarta por el hombre actual. El resultado general es la

autosuficiencia ilustrada a la que acompañan cuatro frutos: la «omnisciencia», el individualismo, la desconfianza y la irreligión.

Díaz propone como única salida a esta situación desesperada «un redescubrimiento del viejo Edén en la recreación de uno nuevo que sea anticipo de la eterna Jerusalén celestial» (p. 101). No se trata del Edén prelapsario, ya que no retorna a él el hombre inocente sino el hombre culpable —importancia del reconocimiento de la propia culpa (p. 113)— que allí se encuentra, sin embargo, con la acogida de Dios. Este retorno al Edén es posible por el acontecimiento radical de la redención: «El Padre ha restaurado desde el amor del Espíritu en el Hijo descendido hasta la Cruz todo lo que había devastado el pecado del hombre» (p. 115).

De lo anterior no se debe concluir que el autor condena radicalmente la Ilustración. En esta línea no deja de ofrecer un elenco de resultados positivos de la Ilustración (p. 95 ss), aunque reconoce que lo mejor de la Ilustración se debe al cristianismo.

El libro está escrito con apasionamiento, atemperado por el recurso abundante al humor. Se puede discutir, claro está, su interpretación, pero permanece la tesis de que para el hombre moderno no hay otra salida que el encuentro con Dios, con Cristo. Y en eso consiste el retorno al Edén.

C. Izquierdo

Kern R. TREMBATH, *Divine Revelation. Our Moral Relation with God*, Oxford University Press, New York/Oxford 1991, X + 230 pp., 14x21,5.

Ya desde las primeras páginas del libro, Kern R. Trembath señala que el objetivo del libro no es otro que expo-

ner qué es la revelación. Siguiendo la línea de reflexión inaugurada por Karl Rahner —a quien el autor reconoce su deuda— Trembath propone preguntarse por las condiciones de posibilidad de la revelación: ¿Cómo han de estar constituidos los seres humanos para poder recibir la palabra de Dios? La respuesta del autor será que la condición de posibilidad es la moralidad: porque el hombre es un ser moral, es capaz de una relación con Dios. Como veremos, Trembath equipara esta relación con la revelación.

El libro tiene tres partes fundamentales. En las dos primeras partes, el autor —un evangélico asistente en el departamento de teología de la Universidad de Notre Dame (Indiana)— examina diversas teorías de la revelación presentes en la teología católica y protestante. En primer lugar, se refiere Trembath a lo que denomina *teorías divergentes* de la revelación divina y que son, fundamentalmente, aquellas que sostienen la existencia de una revelación especial de Dios totalmente distinta de lo que podamos conocer sobre el mundo o sobre Dios. Incluye el autor en este cuadro a William J. Abraham, Carl F. H. Henry, Karl Barth y James I. Packer. En el segundo capítulo expone el autor las que llama *teorías convergentes* ya que sostienen la convergencia o continuidad entre nuestro conocimiento del mundo y el conocimiento de Dios. En este ámbito sitúa el autor a los teólogos católicos A. Dulles y G. O'Collins y a los anglicanos J. Macquarrie y Ian T. Ramsey.

Sin embargo, ni las teorías divergentes ni las convergentes son válidas para el autor, debido a que no tienen suficientemente en cuenta un concepto relacional y soteriológico de la revelación. La tercera parte del libro se dedicará, por ello, a exponer la propia visión del autor sobre la revelación.

La argumentación de Trembath sigue los siguientes pasos. En primer lugar establece que los seres humanos son constitutivamente morales. Y ser moral es «poder ser bueno, y esto significa poder conocer, amar y esperar» (p. 116). Sorprendería encontrar el conocimiento entre los actos morales si no fuera porque más adelante leemos una curiosa definición de conocimiento: «Conocer es creer firmemente que existe un acuerdo básico entre lo que creemos y la región de lo real o mundo externo al que se refiere» (p. 119). El segundo paso de Trembath consiste en asentar que el Dios trinitario es la base última sobre la que podemos caracterizar a los seres humanos como morales. El cuarto capítulo del libro desarrolla una caracterización del Padre como la base del conocimiento, el Hijo como la base del amor y el Espíritu Santo como la base de la esperanza. Tras estas dos premisas, es fácil deducir la conclusión: «la autorevelación divina es, formalmente considerada, la condición de posibilidad de ser moral y, por ello, de ser humano» (p. 116). Según Trembath es imposible concebir al hombre sin la revelación, la cual es una relación ontológica entre Dios y el hombre (p. 143). En la línea de la teología protestante, el autor señala que la revelación no sólo coopera con lo natural sino que lo natural no se puede entender sin la revelación (p. 191 nota 2; cfr. p. 143). Por ello, es imposible entender al hombre sin suponer la revelación: es la revelación la que nos constituye como seres humanos. Así piensa Trembath haber ofrecido una visión más salvífica de la revelación ya que el fin de ésta es incrementar esa relación de Dios y el hombre, es decir, la salvación.

El deseo de subrayar el propósito salvífico de la revelación o el carácter trinitario de ésta son loables. Interesará también, quizás, la exposición que en

los primeros capítulos realiza de otras teorías de la revelación. Sin embargo, ante la lectura del libro no es posible evitar la sensación de que el autor ha tratado con excesiva superficialidad temas nucleares de la fe cristiana.

F. Conesa

André LEONARD, *Cobérence de la foi*, Desclée, Paris 1989, 162 pp., 22 x 14, 5.

«Una de las principales amenazas que comprometen la inteligencia de la fe, especialmente entre los jóvenes, es precisamente la dificultad que encuentran para captar la necesidad y la coherencia de las diversas mediaciones de la fe. El apartado complejo —y, sin embargo, transparente— de las mediaciones de la fe católica les parece con frecuencia como una enorme maquinaria cuyo funcionamiento ignoran» (pp. 12-13). Y de ahí procede el riesgo de abandonar «lo que no me dice nada»; o de la selección subjetiva en los contenidos de la fe; o de entregarse a la espontaneidad de una «fe» sin mediaciones.

Este libro es el fruto de un esfuerzo pedagógico para mostrar, con notable claridad y sencillez, la coherencia y necesidad de esas mediaciones. Se nota que el autor tiene una buena experiencia como docente universitario, también a alumnos no especializados en disciplinas teológicas. Miembro de la Comisión teológica internacional y profesor en la Universidad de Louvain, es ahora Obispo de Namur. Y aunque se presenta como sacerdote-filósofo, y solicita la colaboración y aportación de teólogos y exégetas para responder de un modo más completo y rico a las mismas cuestiones, su obra tiene consistencia teológica, rigor y densidad, aunque busca siempre el empleo de términos conocidos o tiene la pedagógica

paciencia de explicar los que pueden resultar novedosos a los profanos.

Una inicial descripción fenomenológica del orden ascendente de las mediaciones en la experiencia más común —el testimonio de vida y la palabra de los padres en el hogar; la Escritura, la Tradición, el Magisterio y la teología en el seno de la Madre Iglesia; sin descuidar los elementos afectivo-vitales— le permite después estructurar el conjunto de las mediaciones en tres capítulos, que consideran desde puntos de vista distintos los elementos ya vistos en la descripción fenomenológica: Jesucristo, el testimonio apostólico, la Eucaristía, etc.

El primer capítulo considera lo que llama mediaciones subjetivas; el segundo, de las objetivas; y el tercero, de las absolutas. El autor tiene la precaución de explicar, al exponer la referencia espiritual de la Iglesia que presenta al Espíritu Santo como subjetivo, como objetivo y como absoluto, el sentido de este modo de hablar que le permite la síntesis coherente, pero «presenta el inconveniente de sonar a 'hegelismo' haciendo pensar en la tríada del Espíritu en la *Enciclopedia* de Hegel» (nt 4, de la p. 28).

A clarificar la coherencia y el alcance de la triple presentación de las mediaciones, contribuye el apéndice sobre el empleo analógico del término —precisión especialmente necesaria por lo que se refiere a su aplicación intratrinitaria—, sobre su necesidad-libertad y sobre su integridad. También señala que sería más preciso hablar de las mediaciones bajo el aspecto subjetivo y objetivo, que referirse a mediaciones subjetivas y objetivas, aunque el sistema elegido le ha resultado pedagógicamente más clarificador.

El frecuente recurso a la «lógica mariana, cristológica, espiritual»; la aguda y frecuente utilización analógica de la «con-